Padre nuestro que

estás en los cielos *santificado sea tu nombre* venga a nosotros tu reino

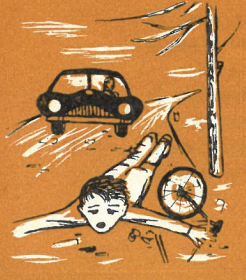
hágase tu voluntad así en la tierra

como en el cielo

El pan nuestro de cada día

dánosle hoy *perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*

y no nos dejes caer en la tentación



mas líbranos del mal

Amén

Oswaldo

Cuando Hillary y Tensing escalaron el Everest yo también experimenté un serio desencanto; como si ya no fuese posible la ilusión de un nuevo descubrimiento. Luego he visto que aquel desencanto era inmotivado: quedan muchos mundos por descubrir, en las montañas y en los mares, lejos y en nuestra familia, y aun en nosotros mismos.

●

Me invitó amablemente a que alguna vez fuese a la Escuela y hablase a sus niños. "La presencia de un sacerdote les hará bien. Al principio le tendrán miedo. Luego disfrutará al contacto con sus almas incontaminadas, elementales. Verá cómo son capaces de afecto. Y mucho. Se convencerá de que la mayoría pueden recibir al Señor. No podrán pasar nunca un examen ante personas desconocidas, claro está, pero usted verá cómo captan los atributos de Dios, cómo le adoran".

Por compromiso, he de confesarlo, acepté la invitación. Al principio, me costó. Salía deshecho, triste, furioso de no poder comunicarme con ellos, como si hablásemos un idioma distinto. Al cabo de unos meses todo empezó a ir mejor.

Voy dos veces cada mes. Les reúno en una clase, si hace mal tiempo, o nos acomodamos en el jardín.

Rezamos, al principio, juntas las manos, una avemaría. La Virgen baja puntual a oír aquellas voces desentonadas, aquellas vocales largas, aquel sonsonete monótono. Nos sentamos, y "Había una vez...", así empieza la exposición de un pasaje del Evangelio, a cámara lenta, con mucha luz, con policromía, como si el tiempo no existiera ya. Cuando es el milagro de un ciego, escuchan la narración cerrados los ojos; si Jesús cura a un mudo, guardan silencio total; cuando el Señor cruza el mar de Galilea con sus apóstoles en la barca de Pedro, se mueven suavemente como mecidos por las olas...

Antes decía a los seminaristas que iba a dar clase. Ahora, les digo que voy a estudiar, que voy a aprender Sagrada Escritura, porque cuando estoy con ellos, todo es más diáfano, hay más luz, como si el Señor se me apareciese también a mí dos veces cada mes en un jardín o en una clase, si hace mal tiempo.

●

Oswaldo, uno de mis alumnos, se puso enfermo. Era uno más. Con su mirada sencilla, lejana a veces, como sus compañeros, como si no acabase de bajar nunca de un cielo con luz distinta.

El Director, con su incomparable sencillez, me dijo que a Oswaldo le gustaría comulgar de vez en cuando. Como cuando iba a la Escuela.

Le llevaba la comunión los primeros viernes. Después de comulgar, daba gracias en voz alta. Me quedaba un rato a hacerle compañía. Su acción de

gracias era muy curiosa: un padrenuestro circular, como cuando se raya un disco. Extraña oración la suya. Excesivamente monótona para quienes nos creemos normales. ¿Lo era también para los gustos de Dios?

Para hacerle parar,
le pregunté el primer día:

— ¿Por quienes has pedido?
— Papá, mamá, abuelito, tú, (se) minaristas.
— ¿Y quiénes más?
— Minaristas.
— ¿Y quiénes más?
— Minaristas.
— Y por ti, ¿no pides?
— Yo, incienso.

"¡Incienso!..." No comprendí.

Al mes siguiente, la misma respuesta:

— Minaristas.
— ¿Y por ti?
— No.
— ¿Por qué?
— Incienso.

Oswaldo ha muerto. Sólo ahora nos hemos enterado por qué no pedía para sí, del sentido de la palabra "incienso".

Su madre nos ha dicho que últimamente Oswaldo reía y reía sin parar (su manera de quejarse, gritaba su dolor riendo) sin dejar de pronunciar la misma palabra "incienso".

El Director, cuando se acercaba la fiesta de mi santo, les habló — como sólo él sabe hacerlo — diciéndoles que tenían que hacerme un obsequio sin que yo me enterara nunca. Y les sugirió que rezasen por mis seminaristas, que para mí esto era lo mejor. "Vuestras oraciones son como el incienso que los seminaristas ofrecerán al Señor un día en su misa."

Oswaldo ha muerto. El Señor ha aspirado el incienso de su vida. Los teólogos seguirán estudiando muy preocupados el problema del dolor; los cristianos necesitaremos grandes dosis de fe para descubrir su misión redentora. Oswaldo, un pobre muchacho con un coeficiente intelectual muy poco elevado, sin que nosotros nos diésemos cuenta captó certeramente el misterio de la oración y el misterio del dolor.

Mis seminaristas ya pueden subir al altar. Oswaldo, que no llegó nunca a poder ayudar ni una misa siquiera, estará muy presente en su primera misa, y en las otras también.

Cuando, ya sacerdotes, mis seminaristas pongan sobre las brasas el incienso sabrán que Oswaldo y muchos otros lo han ido preparando a escondidas.

Oswaldo, y Marcelo, y María, y Julián, y Carolina...

La lista es muy larga. El misterio del dolor no aparece muy claro en los libros. Como tampoco el misterio de la vocación. Ni el misterio de la Santa Misa. Dolor - Vocación - Misa: tres palabras que muchos creen lejanas entre sí. Oswaldo, no.

El cristiano que sufre no es un hombre a quien Dios golpea, sino un hombre al que Dios habla.

> Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, no da fruto, pero si muere, da mucho fruto. (Jn. 12, 24)

Hay pocas parábolas tan consoladoras como ésta, porque nos incorpora e integra en el ciclo mismo del mundo y porque legitima nuestros sueños ambiciosos.

Toda belleza y toda vida nace de la podredumbre y del sufrimiento. Es necesario el dolor del alumbramiento para poder contemplar la maravilla de un recién nacido.

El estiércol más inmundo produce las flores más delicadas. Toda planta nace de una primera descomposición. No hay excepción a esa regla universal, y es magnífico pensar que no estamos sobre la tierra más que en período de sufrimiento y de podredumbre.

Sólo la muerte nos hará nacer y nos depositará en nuestro verdadero mundo.

> Cristo padeció por nosotros y nos dio ejemplo para que sigamos sus pasos, Él en quien no hubo pecado. (1 Pe. 2, 21)

El Señor vino y no explicó este misterio. Sólo le dio sentido.

Hermana, cuando yo era pequeño y no quería comer algo, demasiado amargo o demasiado caliente, tú lo probabas antes, delante de mí. El que tú lo probases no cambiaba su gusto ni el mío, pero yo lo comía.

El Señor hizo lo mismo, de una vez para siempre. Él no habló — sus palabras lo hubieran aclarado todo —, Él sufrió. Sería inútil, inesperado, si no hubiera este gran misterio. Pero Él lo sufrió todo antes que nosotros: pobreza, injusticia... agonía. Si estamos de su mano, nunca estaremos solos.

> Sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman, de los que según sus designios son llamados... Por eso me alegro ahora de mis padecimientos y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia. (Rom. 6, 28; Col. 1, 24)

El cristiano sin el sufrimiento es como un peregrino sin báculo. No llegará nunca al Calvario. La pasión de Cristo consumada en la inefable Cabeza coronada de espinas ha de prolongarse también en sus miembros. Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo; no es bueno dormir durante este tiempo.

Ilustraciones: Jesús Galdeano - *Oswaldo:* Jorge Sans Vila

BOLETIN

DE LA OBRA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Mayo 1963 - Núm. 167

CENTRO DIOCESANO - DIPUTACIÓN, 231
B A R C E L O N A - 7

ALTÉS, S. L. - DEP. LEGAL B. 3023 - 1958